

II.

EL MÁRTIR Y EL TIRANO.

De oro vestido y purpurina estofa,
Mientras arde Lorenzo en la parrilla,
El tirano feroz desde alta silla
Canta á Vulcano sanguinaria estrofa.

De su verdugo el Diácono se mofa;
Y aunque bajo su pecho el fuego brilla,
La frente del Levita no se humilla,
Y al vil perseguidor así apostrofa:

«Ponme en el plato ya, que bien asado
Está mi cuerpo: de tu trono baja
Y cébate en manjar tan delicado.

»No espere tu codicia otra ventaja:
De la Iglesia el tesoro han colocado
Mendigos mil en la celeste Caja.»



SANTA ÁGUEDA, VIRGEN Y MÁRTIR.

I.

LA HECHICERA AL AMANTE.

Conquistar á la virgen es delirio
Que para esposa tu poder reserva;
Ni griego filtro, ni trinacria hierba
Domarla pueden, ni veneno asirio.

No sé qué talismán ú oculto lirio
(Así lo llama) con afán conserva,
Que mis virtudes mágicas enerva;
No sé qué palma busca de *martirio*.

Fué vano de mis hijas el ejemplo;
Fué vana la mansión de largos meses
De la diva Citeres en el templo.

Si no quieres sufrir nuevos reveses,
Mejor es que la asustes (yo contemplo)
Del verdugo y lictor con los arneses.

II.

LA VIRGEN AL PRETOR.

Vanos serán tus filtros y pociones
 Para la que ama á Dios, tierna doncella:
 Contra una virgen tu poder se estrella;
 No temo tus tormentos ni prisiones.

Si me arrojas á tigres y leones,
 Mansas las fieras seguirán mi huella:
 No harán las llamas en su cuerpo mella
 Si en hoguera voraz á Agueda pones.

Amante soy del cándido Cordero,
 Que entre azucenas de sin par blancura
 Pacea tan sólo en el celeste otero.

Tu Ceres odio y tu Ciprina impura,
 Ni de tu Vesta mancillarme quiero,
 ¡Quinciano! con la mística impostura.

III.

LA MÁRTIR Y EL APÓSTOL.

¿Quién eres tú, que el lacerado seno,
 Que verdugo feroz, dando al olvido
 El materno alimento, me ha partido,
 Vinistes á curar, de encantos lleno?

A carnal medicina siempre ajeno
 Fué mi cándido cuerpo, y sólo cuidó
 De no manchar mi virginal vestido
 Del mundo vil con el impuro cieno.

—No temas. Soy el Príncipe, hija mía,
 Del glorioso apostólico Senado;
 Tus llagas á sanar Cristo me envía.

¡Bendice á tu Señor! Bien has luchado.
 La verde palma te dará otro día
 Que, atleta varonil, has conquistado.

IV.

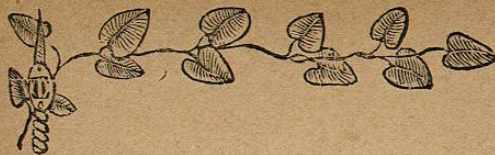
ERUPCIÓN DEL ETNA.

La hora sonó. Del irritado cielo
 La burlada clemencia al fin acaba:
 Voraz torrente de encendida lava
 Sobre Catania vierte el Mongibelo.

La mísera ciudad en hondo duelo
 A Dios invoca, á su patrona alaba,
 Y, á guisa de pendón, piadosa clava
 En el alto volcán de Agueda el velo.

A su contacto el Etna se estremece;
 En lánguido suspiro el trueno muda,
 Y su candente falda reverdece.

¡Oh siciliana virgen! A ti acuda
El cuitado mortal. Seguro ofrece
Remedio al pecador tu santa ayuda.



SAN SEBASTIÁN.

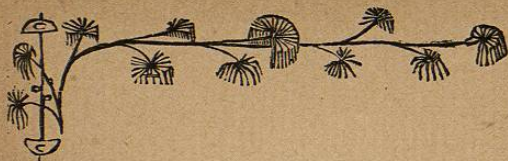
Joven esbelto, con atadas manos,
De augusta faz y angélica hermosura,
Desnudo ved entre la turba impura
Yacer de los salvajes pretorianos.

Atraviésanle dardos africanos;
Sangre tiñe su pálida blancura;
Roja aureola en derredor fulgura,
Que deslumbra á los bárbaros paganos:

Con débil pie se acerca vacilante,
Y de oro henchida, á los soldados tiende
Oculto mano, trémula matrona.

Del joven toca el seno palpitante,
Y al serafín que rápido descende
Arrebata la mística corona.





JUDIT Y HOLOFERNES.

¡Silencio, maliciosos! La divina
Gracia á Judit omnipotente escuda,
Aunque al asirio cubren y á la viuda
Un mismo pabellón y una cortina.

En la mesa del jefe se reclina
La hermosa hebrea, y brinda, y lo saluda,
Y seductora en aceptar no duda
La copa que Holofernes le propina.

Con miradas de amor dulce lo halaga,
Y con los suaves trinos de su boca
Más que con vino al sitiador embriaga;

Mas sin manchar de su viudez la toca,
Sólo con sangre del infiel apaga
El fuego necio y la arrogancia loca.





JUDIT VENCEDORA.

¡Llor al cielo, que al infiel humilla!
Dentro su propia tienda de campaña
Al jefe inicuo de la gente extraña
La cabeza corté con su cuchilla.

Dobla, Israel, conmigo la rodilla:
Si negra sangre mis vestidos baña,
De mi viudez la castidad no empaña,
A Dios lo juro, la menor mancilla.

Cuando en busca del Príncipe enemigo
Atravesé el asirio campamento,
El ángel del Señor iba conmigo.

Él me guardó en el crítico momento;
De sus alas torné bajo el abrigo:
¡Gloria al Señor, que me prestó su aliento!





EL SUMO SACERDOTE Á JUDIT.

Deja que bese tus divinas plantas,
Luz de Betulia, de Israel señora:
Bendita tú, que, fuerte y vencedora,
De los asirios el poder quebrantas.

Bendita tú, que el ánimo levantas
De un pueblo á quien el pánico devora:
Agradecido Joacim te adora
Y te proclama santa entre las santas.

Cual luce entre las pálidas estrellas
De luna llena el disco refulgente,
Entre las hijas de Sión descuellas.

¡Oh madre, oh reina, oh de consuelos fuente!
En el sagrado polvo que tú huellas
Déjame al menos estampar mi frente.





EL CORSARIO DRAGUT.

Mustia la faz y roja la cabeza,
El labio seco, el párpado caído,
Yace Dragut, á su pendón asido,
Delante la cristiana fortaleza.

El musulmán á flaquear empieza
Viendo á su noble general tendido;
Y el moribundo jefe da un gemido
Mirando de su gente la flaqueza.

Súbita suena aclamación festiva,
Y allá en San Telmo vese de repente
La media luna desplegarse altiva.

Vuelve su rostro el capitán doliente,
Débil exhala un apagado *viva*,
Y hunde en el polvo su marchita frente.





ULISES.

¡Sirena deleitosa de los mares!
Bella es tu voz, fascinador tu acento.
Frágil mortal, desfallecer me siento
El eco al escuchar de tus cantares.

¡Apártate! Mis dioses, mis altares
Olvidaré si mírote un momento;
Si á hablarte llego, faltaráme aliento
Para correr en pos de mis hogares.

¡Compañeros, huid! Cerrad los ojos;
Los oídos llenad de blanda cera
Si no queréis de Venus ser despojos.

Luchar con las Sirenas es quimera;
Quien combatir intenta, halla sonrojos;
Huya veloz quien la victoria quiera.





AYAX.

Recibe ufano el elocuente Griego
La fuerte lanza y el divino escudo
Del lidiador á quien domar no pudo
Ni brazo de héroe ni femíneo ruego.

Ajax, en tanto, ya de rabia ciego,
Ruge feroz ante el concurso mudo,
Ya al triunfante rival mira sañudo,
De las pupilas arrojando fuego.

Desnuda, en fin, con furibunda mano
La espada que trocar en balde quiere,
Y se traspasa el corazón insano.

Sus ojos, al caer, el brillo hiera
De la armadura que fraguó Vulcano,
Y al sabio Ulises maldiciendo, muere.





NÍOBE.

De tanta prole Níobe orgullosa
A la augusta Latona desafia ;
Rayos el cielo vengador envía
A castigar á la Tebana hermosa.

Sin abatir la frente ante la diosa,
Contempla de sus hijos la agonía;
Presencia inmóvil, con mirada fría,
De sus hijas la muerte congojosa.

Pero la última cae; y su alma fuerte,
Doblegándose al fin á peso tanto,
Amargo lloro la cuitada vierte.

Miran los dioses su mortal quebranto,
Y en duro mármol Jove la convierte,
De donde mana inagotable llanto.

